



NATALIA MENÉNDEZ, DIRECTORA DEL FESTIVAL DE TEATRO CLÁSICO DE ALMAGRO

Lo lleva en la sangre. Hija del famoso hombre de teatro Juanjo Menéndez; sobrina de Jean-Pierre Miquel, que fue director en París de la Comedie Française, Natalia Menéndez afronta el papel más arriesgado de su vida. Mucho más que cualquiera de los que ha representado en las tablas, el cine o la televisión. Y más duro que el de directora de escena. Explicita a veces en sus respuestas, monosilábica otras, da forma durante todo el año, con algún divertimento de Mozart como fondo, a la tarea que tendrá por recompensa fomentar cada mes de julio el amor por nuestros clásicos.

JUAN ANTONIO LLORENTE



–Llegó en 2010, cuando la crisis golpeaba de lleno al teatro. ¿Sabía dónde se estaba metiendo?

–No. Cuando llegué me anunciaron una deuda atrasada de 325.000 euros, que se quintuplicó hasta 1.345.000 cuando empecé a investigar. Por eso digo que ignoraba donde me metía. A partir de ese momento, se tuvo que crear una fundación a fin de resolver ese tema. Es verdad que existía voluntad política, que también existe por parte de los

patronos, y lo cierto es que llevamos cuatro años para resolver este tema: el plazo en el que yo me comprometí a solucionarlo. Pero han surgido muchas dificultades, empezando por la crisis que todos conocemos, que ha supuesto que el festival discurra en este tiempo por distintos vericuetos, que no han sido pocos. Y muy duros.

–De esa sucesión de trabajos: actriz, directora, escritora... ¿Está siendo la más difícil?

–Sí, porque no estudié para ello. Por eso he dejado de dirigir, de modo que en estos cuatro años, como me quería involucrar en esto, solo he dirigido un montaje. Pero estaba convencida de que esto merecía la pena, porque el festival es para mí el más importante en su especificidad, y había que salvarlo de la quema.

–Juana de Arco...

–No. He contado con un grupo reducido de personas que me han ayudado muchísimo.

–¿El teatro es un trabajo de equipo?

–Por supuesto.

–¿También lo es un festival?

–Naturalmente. La vida es un trabajo de equipo.

–Decía que este compromiso es el más duro de su vida. ¿También el más emocionante?

–No. En este caso, lo que más me emociona es, cuando te enteras de que a una compañía le apetece estar en el festival, decirle que pue-

de. O cuando ves que un espectador entra con aspecto de circunstancias y sale con la cara feliz. Todo lo demás...

–¿A cuál de sus actividades le roba más tiempo Almagro?

–No es que le haya robado tiempo a ninguna en concreto, es que me he centrado en esto en cuerpo y alma.

–De cuál de ellas lo siente más cerca. ¿Actriz, directora...?

–A la de directora. Todo el mundo podría pensar que a la de actriz, por parecer lo más evidente y lo más fácil, pero no es verdad. Para interpretar, me tienen que pagar.

–Para dirigir, ¿arriesga?

–Sí.

–En alguna ocasión ha comentado: “dirigir me hace feliz”. Cuando se trata de hacerlo en estas dimensiones, ¿es otra cosa o basta aplicar la fórmula, si es que existe?

–Es otra cosa, pero si es verdad que cuando hago una programación y estoy de acuerdo con ella –por principios, en caso contrario no la haría–, lo que más me gusta es ver a la gente. Soy una gran *voyeur* del espectador. Me apetece ponerme en un lugar en el que no me vean, aunque es difícil, y observarlos durante la representación para percibir sus reacciones. Disfruto viendo cómo se divierten o se emocionan, o si, por el contrario, me he equivocado. Quiero verlo de primera mano; que nadie me lo cuente.

–¿El público del Festival de Almagro es fiel?

–Una parte es fiel, y me parece una maravilla. Otros son nuevos y lo encuentro igualmente maravilloso.

–La coincidencia en fechas con el Festival de Mérida, ¿suma o resta espectadores?

–Suma. Todo festival de verano funciona a favor de los demás, porque se crea una atmósfera que invita al viaje de uno al otro. Me gusta siempre desearle lo mejor a todos

«Soy una gran *voyeur* de los espectadores. Me apetece ponerme en un lugar en el que no me vean y observarlos durante la representación para percibir sus reacciones»

los directores de festival –¡son todos hombres!–, porque la suerte que puedan tener ellos repercute en mí.

–Ante una duda, su padre le decía: “no lo pienses, hazlo”. Su tío: “hay que encontrar el diálogo”. ¿Cuál de los dos consejos le ha servido más en esta ocasión?

–Además de esa frase, mi tío me dijo otra: “las batallas más duras son por dentro”. Sería la máxima que me ha guiado.

–Haciendo balance de estos cuatro años, ¿compensa el esfuerzo?

–Me compensa para valorar, calibrar, entender, aprender, y terminar de cerrar un círculo que tengo pendiente con el teatro.

–El mayor problema, ¿las finanzas?

–Sí

–¿La lucha más encarnizada la mantiene con la esfera oficial o con la privada?

–Con ambas, porque tanto la parte política como los grandes empresarios tienen algo en común, que es la educación cultural: mejor, la falta de ella. Todos ellos han estudiado sus carreras rematadas con un máster, y han hecho mucho deporte. Pero a la parcela cultural no le han concedido ningún valor. La valía y la educación cultural prácticamente no se perciben en los grandes cargos, y me parece un error garrafal, porque desde mi punto de vista, creo que Cultura debería pertenecer al Ministerio de Sanidad. Porque, igual que el deporte, sirve para mejorar la calidad de vida. Parece una broma, pero lo digo con total convencimiento. Eso sin contar su importancia como motor económico. Sobre todo, para este país, donde la riqueza cultural es inconmensurable.

–¿Cómo ha funcionado el presupuesto desde su llegada?

–En estos momentos trabajo con un 45 por ciento menos que el director precedente; cobro un 70 por ciento menos que él y, además, cuenta el peso de la deuda.



–¿Qué se mantiene?

–Ese punto lo estamos solucionando, y espero dar una buena noticia si es posible a finales del festival, o antes de que acabe el año.

–¿La reducción ha supuesto merma en cuanto a número de producciones o escenarios? ¿Prima la calidad o la cantidad?

–Insisto firmemente en la calidad. Las compañías han entendido muy bien que este es uno de los escaparates más importantes que hay en el mundo y, como quieren estar, se han apretado el cinturón, como también han hecho los técnicos. Entre todos estamos haciendo un esfuerzo enorme, porque merece la pena. Al finalizar la pasada edición del festival dije que si se bajaba tan solo un céntimo de euro, la actual dirección no podría seguir.

–¿Funcionaron sus palabras?

–Este año han subido un poquito, en torno al 5,3 por ciento, pero ya es algo más de lo que teníamos. En lo que respecta a las instituciones, me siento en un cierto estado de confianza.... Hacia la calidad apuntamos también con actividades que

hemos implantado, como los certámenes *Almagro Off* y *Barroco infantil*, que en muy poco tiempo han ido adquiriendo un auge enorme. Este año nos visitan muchas de las Comunidades Autónomas, y también contamos con representaciones de ocho países. Internacionalmente recibimos propuestas de al menos veinte naciones. De acuerdo con el modo en que se nos mira desde fuera podemos mostrarnos sin complejos. Y esto es algo que digo mucho porque si bien es verdad que este es un país muy acomplejado, en Castilla La Mancha ese complejo parece mayor. Por nuestra parte, hemos hecho lo imposible para que funcione y funcione bien: insistiendo en todas las políticas de descuentos posibles y mantenido los precios de las localidades desde hace tres años. Se está haciendo todo para que ese patrimonio barroco, en esta edición que lleva como lema *Un clásico, un regalo*, se convierta en un regalo real y no en una fantasía más.

–¿Cuántas propuestas desfilan por el festival?

–En total, 58 espectáculos de 52 compañías. Con bastantes estrenos; cuatro coproducciones, una de las cuales es internacional, y se convierte en nuestra primera colaboración con Roma, el año en que Italia es invitado de honor. Esto, en un abanico de ofertas que van de los espectáculos más arriesgados a los más familiares, sencillos y fáciles de entender por todos. Desde *El Brujo* a un autor barroco completamente desconocido que escribió una obra en Francia superácida y bestial. Creo que el arco de posibilidades es muy interesante.

–Estamos en la 37ª edición del Festival. ¿Llegará al número redondo de la cuarentena?

–No. Quiero cerrar una etapa de la mejor manera, dejar esto lo más agradable posible para que quien venga, al contrario de lo que a mí me sucedió, encuentre un paisaje fortalecido en el que le apetezca plantar cosas nuevas. ●

«Todo festival de verano funciona a favor de los demás, porque se crea una atmósfera que invita a viajar de uno al otro»